

MÁRGENES DE LA PSIQUIATRÍA

Márgenes, espacios que están en los cabos de alguna cosa.

Universal Vocabulario, 1490

Separados del pasado

Estamos en una época estéril y exhausta. Hemos de contemplar el pasado llenos de envidia. Pero, entretanto, resulta que este día es uno de los primeros días hermosos de la primavera. No le falta color a la vida. El teléfono, que interrumpe las más serias conversaciones y corta en seco las más sesudas observaciones, tiene su particular encanto. Y la despreocupada conversación de gente que no tiene la menor posibilidad de alcanzar la inmortalidad, por lo cual dice lo que piensa, tiene a menudo un entorno de luces, calles, casas, seres humanos, hermosos o grotescos, que se entreteje con cada momento, para siempre. Pero esto es vida; y la conversación es sobre literatura. Debemos separar la una de la otra, y debemos justificar la temeraria rebelión del optimismo contra el superior fundamento, la más fina distinción, del pesimismo.

Así vemos que nuestro optimismo es en gran parte instintivo. Surge de la hermosura del día, del vino y de la conversación, surge del hecho de que, cuando la vida nos depara a diario tales tesoros, a diario nos sugiere mucho más de lo que el ser más expresivo puede expresar, y, aun cuando admiramos a los muertos, preferimos la vida tal cual es. En el presente hay algo que por nada cambiaríamos, ni aunque nos ofrecieran la posibilidad de elegir entre todas las épocas pasadas. Y la literatura moderna, con todos sus defectos, ejerce en nosotros el mismo dominio y la misma fascinación. Es como un pariente al que chasqueamos y reñimos todos los días, pero del que no podemos prescindir. Tiene la misma amable virtud de ser aquello que somos, de ser lo que hemos hecho, aquello en lo que vivimos, en vez de ser algo, por augusto que sea, ajeno a nosotros y contemplado desde fuera.

Ninguna generación ha tenido tanta necesidad de mirar a sus contemporáneos como la nuestra. Estamos tajantemente separados de nuestros antecesores. Un cambio de perspectiva —el brusco desplazamiento de masas que estuvieron fijas durante largo tiempo— ha cambiado el panorama totalmente, nos ha alienado del pasado, y nos ha dado una conciencia quizás excesivamente vivida del presente. Todos los días tenemos conciencia de hacer, decir o pensar cosas que nuestros padres no hubieran podido hacer, decir, pensar. Y sentimos las diferencias que no han sido expresadas mucho más vívidamente que las semejanzas tan perfectamente consignadas. En parte, la atracción que los nuevos libros ejercen en nosotros se debe a la esperanza de hallar en ellos el reflejo de esta reordenación de nuestra actitud —esas escenas y esos pensamientos, y ese aparentemente fortuito agrupamiento de cosas incongruentes que nos causa tan aguda sensación de novedad—, y, cual es propio de la literatura, la devuelvan a nuestras manos entera y dominada. En este punto, tenemos todo género de razones para ser optimistas. Ninguna época ha sido tan rica como la nuestra en lo que respecta a escritores dispuestos a expresar las diferencias entre ellos y el pasado, y no las semejanzas que a éste les

unen. Sería indiscreto dar nombres, pero el menos interesado de los lectores que cate obras de poesía, narrativa, biografía, forzosamente tendrá que quedar impresionado por la valentía, la sinceridad, en una palabra la ampliamente difundida originalidad de nuestro tiempo.

Sin embargo, pronto nuestro entusiasmo queda extrañamente enfriado. Todos los libros, uno tras otro, nos dejan la misma sensación de promesa incumplida, de pobreza intelectual, de brillantez arrancada a la vida, pero que no ha sido transustanciada en literatura. Gran parte de lo mejor, en la literatura contemporánea, tiene el aspecto de haber sido anotado con prisas, escrito en una escueta taquigrafía que conserva con pasmosa brillantez los movimientos y las expresiones de las figuras que cruzan la pantalla. Pero el resplandor pronto se extingue y quedamos con una profunda insatisfacción. La irritación es tan aguda como intenso fue el placer.

Así que, en fin de cuentas, volvemos a encontrarnos en el principio, vacilando de un extremo a otro, pronto entusiasmados, poco después pesimistas, sin poder llegar a una conclusión en lo que respecta a nuestros contemporáneos.

Virginia Woolf

Este fragmento de «Ocurrencias de un contemporáneo» (*Collected Essays*) fue escrito a finales de los años veinte. A la indiscutible inventiva literaria de Virginia Woolf (1882-1941) se unió su extraordinaria agudeza en la crítica de la cultura presente. Nótese, por añadidura, que esta inquieta 'contemporánea' estaba haciendo su diagnóstico en la compañía de obras como las de Yeats, Joyce o Eliot (a quienes cita) o como las de ella misma, por cierto. ¿Cuál sería su irritación medio siglo más tarde?